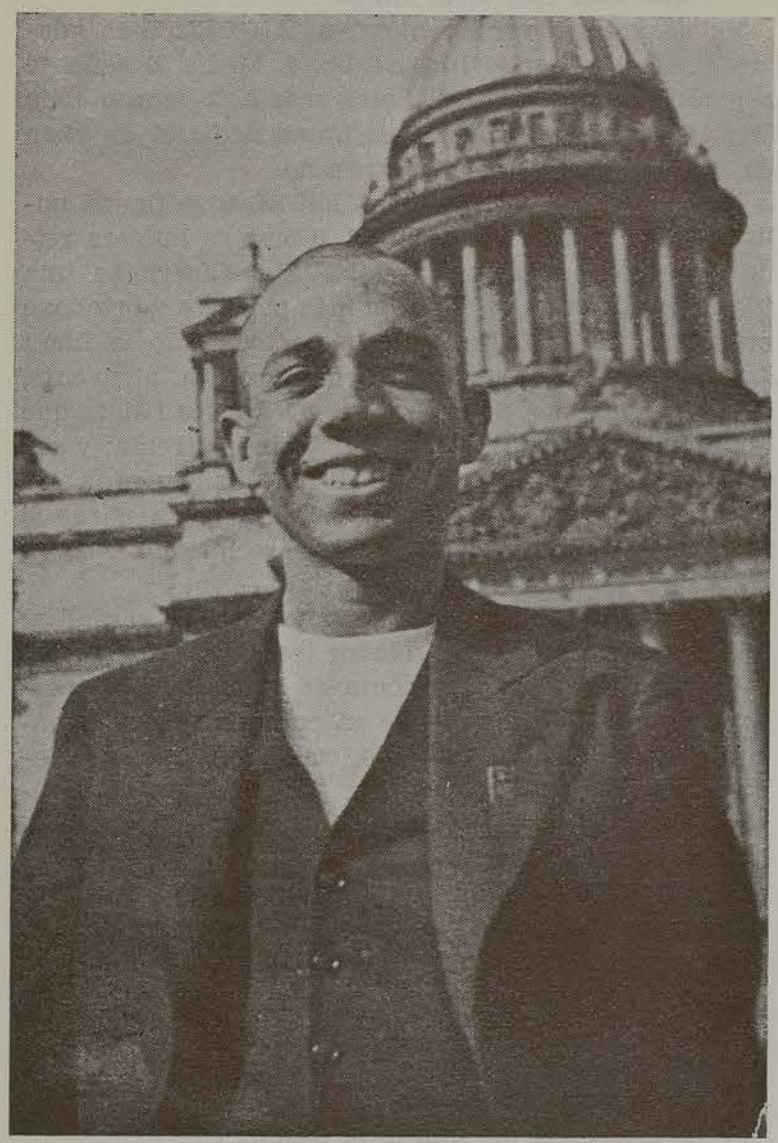
Un Auto Sacramental que se llamó Miguel

Por Manuel Ríos Ruiz



El próximo día 28 de marzo cumple veinticinco primaveras de muerto Miguel Hernández. Treinta y dos años había vivido cuando escribió sus últimos versos: ¡Adiós, hermanos, camaradas, amigos: / despedidme del sol y de los trigos! Desde este breve y postrimero poema, su poesía se ha estudiado detenidamente. Juan Guerrero Zamora, Vicente Gaos, Manuel Molina, Juan Cano Ballesta, Vicente Ramos, María de Gracia Ifach, José Luis Cano, Elvio Romero, Concha Zardoya, Dámaso Alonso, Carlos Bousoño, Guillermo de Torre, José Albi, cuantos se ocuparan de la poética hernandiana, se han preocupado de analizarla y cualificarla, justificando toda su proyección, valorando cuanto tiene de humana y verdadera. No obstante esta clasificación casi total y profunda de la poesía Miguel Hernández, que ha llegado al máximo desmenuzamiento en todos los órdenes, vamos a detenernos hoy en uno de sus aspectos: el religioso, auténtica problemática en la vida del poeta, con el ánimo de desempolvar circunstancias vitales y extremas que influyeron en su expresión al respecto.

LA PRIMERA IDEA DE DIOS

Junto al parecer catolicismo practicante de sus padres y familia, Miguel Hernández crece y pasa su infancia dentro de un ambiente rural y pastoril que le descubre crudamente todos los secretos de la Naturaleza: desde la hermosura del rayo, hasta el acto fisiológico del parto de una cabra. La Naturaleza desnuda se erige ante él en visión cotidiana. Y, niño inquieto y soñador, ha de concibir a Dios a la vista de todo aquello, y, por tanto, de manera más complicada, pero también más grandiosa, que aquellos otros niños a los que Dios se les presenta y explica sencillamente, siguiendo las directrices simples del catolicismo.

Para el niño que fue, la idea de la divinidad hubo de ser personalísima, y, desde luego, difícilmente adivinable, aunque es fácil creer que viera a Dios en todo, si tenemos en cuenta su privilegiada intuición. ¿Lo vería en la hierba creciendo, en la lluvia y en la nube, en la solemnidad del árbol, en el vuelo de un ave y en el trigo, como después simbolizara en sus versos, con más precisión que en estampas de colores y en libros de misa? Su fugaz paso por el Colegio de Jesuitas tal vez le sirviera al niño cabrero para asimilar una explicación literaria, imposible la teológica, de la divinidad de Dios. Y en su adolescencia, la amistad con los hermanos Sijé, los Fenoll y otros jóvenes escritores oriolanos católicos y con el entonces canónigo don Luis Almarcha Hernández, su fe intuitiva tomó contextura y se empezó a exteriorizar en sus primeros poemas, en su poesía todavía balbuciente e indefinida, como lo prueban Plegarias y El Nazareno, aparecidos en el semanario El Pueblo, de Orihuela, 7-IX-1930 y en la revista Voluntad, también oriolana, en abril del mismo año, respectivamente.

LOS POEMAS DE "EL GALLO CRISIS" Y LA INFLUENCIA DE NERUDA

Hemos de transcribir lo dicho por Juan Cano Ballesta: "El espíritu de Miguel Hernández, abierto y maleable, ya consciente de su valía, pero sabedor también de lo mucho que todavía puede aprender de todos, se halla en Madrid expuesto a mil influencias". Así, cuando publica en El Gallo Crisis, revista de su tierra natal, dirigida por su "compañero del alma" Ramón Sijé, sus poemas religiosos más significativos, recibe, en contrapartida, la influencia anticlerical de Neruda: "...siento decirte que no me gusta El Gallo Crisis. Le hallo demasiado olor a iglesia, ahogado en incienso". Miguel Hernández se encuentra en una encrucijada intrincadísima y dolorosa, se resiste a traicionar sus propias convicciones, sus más íntimos y entrañables afectos, "acuérdate de tu nombre. Te debes y no a nadie" —le escribe Sijé—. Y el hombre a quien admira, "porque es un clamor oceánico que no se puede limitar", le dice: "Celebro que no te hallas peleado con el Gallo Crisis, pero esto te sobrevendrá a la larga. Tú eres demasiado sano para soportar ese tufo sotánico-satánico".

En su obra «La poesía de Miguel Hernández», editada por Gredos, Cano Ballesta razona el alejamiento religioso del poeta, "más bien movido por causas externas, por su reacción espontánea contra la frecuente exagerada religiosidad pueblerina y contra

cierto rigor farisaico de costumbres... En el ambiente desequilibrado, revuelto y anticlerical de la República, identifica Iglesia y religión con capital y explotación del obrero. Pero se mantiene en una actitud anticlerical sin avanzar a lo antirreligioso". Pero detengámonos en algunos de los poemas hernandianos publicados en el Gallo Crisis, de los que Arturo del Hoyo ha escrito al estudiarlos: "...no despreciemos tampoco esos contados poemas en que manifiesta un católico y hasta ascético concepto de la carne, pendiente siempre sobre su poesía posterior, incluso en la de sus últimos años". Verbigracia:

Discurre el pensamiento a todas horas
lo que a ti se te ocurre,
carne llena de infancias amorosas,
déjame que me escuche.
... ...
La desgracia del mundo, mi desgracia
entre los dedos tengo,
oh, carne de orinar, activa y mala,
que haciéndome estás bueno.

Estrofas de "Primera lamentación de la carne", verdadero "conflicto de mi cuerpo enamorado" que el poeta canta para reflejar en toda su magnitud su lucha contra el pecado, su afán de castidad, su ansia de pureza. Y es en "Alabanza del árbol", donde se pone de relieve su posible primitiva idea de la divinidad:

Corpulencia de Dios, sobre alegría,
ocupas de verdor la geografía,
robusteces el viento,
y a su corriente muda
imprimes voz, acento,
palabra de los cielos.
... ...
Naces con voluntad, no con ayuda;
vienes de Dios y a El surten tus anhelos.

Así, en "Eclipse celestial", canto eucarístico con la esencia y la presencia de la Naturaleza al fondo:

Una nube, redondo y puro obstáculo
para mirarte encuentro:
sin errores de gallos,
eclipse de los cielos.
Tu luz en una umbría de blancura:
los que ven, no te vemos;
¡mucho mejor!, a oscuras,
--¡la fe!-- te ven los ciegos.
Tú, con naturaleza de semilla
reducido a la mano,
transformado en harina,
transpuesto, transplantado.
En tan escaso medio tu abundancia,
en tan mezquino círculo:
en su materia blanca,
haces deiforme el trigo.
Noche de Tí, con mengua de tu bulto:
¡victoria de lo plano!
Dios, para nuestro uso,
por el polvo ilustrado.
Cereal geometría de la tierra,
la celeste sustancia,
oculta su presencia,
con una sombra blanca.
¿Cómo tienes, bajeza de la espiga.
mi No Sé qué en tu sitio?
Enigma, enigma: ¡enigma!
descubierto, escondido.
--¡Oh, sacerdote: danos, puro, Aquello,
favor de si otorgado!
¿Guardas, fiel, el Secreto
que mantienen tus manos?

¿Es necesario hacer mayor hincapié en el fervor religioso de Miguel Hernández? Digamos que su devoción mariana de aquel tiempo, su aceptación plena de los dogmas, está totalmente incorporada en su tríptico "A María Santísima", y que de él se desprende toda la poesía mariana que posteriormente se ha escrito:

Hecho de palma, soledad de huerta
afirmada por tapia y cerradura,
amaneció la Flor de la criatura
¡qué mucho virginal, ¡que nada tuerta!
Ventana para el Sol ¡que solo! abierta:
sin alterar la vidriera pura,
la Luz pasó el umbral de la clausura
y no forzó ni el sello ni la puerta.
Justo anillo su vientre de lo Justo,
quedó como antes, virgen retraimiento,
abultándole Dios seno y ombligo.
No se abrió para abrirse: dió en un susto
(nueve meses sustento del Sustento)
honor al barro y a la paja trigo.

Cantando "El Misterio de la Encarnación", en el de la Asunción platónicamente alaba y glorifica:

¡Tú!, que eras ya subida soberana,
de subir acabaste Ave sin pío
nacida para el vuelo y luz, ya río,
ya nube, ya palmera, ya campana.
La pureza del lirio sintió frío;
y aquel preliminar de la mañana
aire, tan encelado, en tu ventana,
sin tu aliento ni olor quedó vacío.
¡Todo te echa de menos! ¿Qué azucena
no ve tu soledad sin tu compaña,
ve su comparación sin Ti en el huerto?...
Quedó la nieve, sin candor, con pena,
mustiándole el perfil a la montaña;
subiste más, y viste el cielo abierto.

Y el marianismo hernandiano se ensancha y se intensifica clamorosamente, jubilosamente, en el soneto titulado "En toda su hermosura", al que no hallamos par en su temática:

¡Oh, elegida por Dios antes que nada;
Reina del Ala, Propia del zafiro,
nieta de Adán, creada en el retiro
de la virginidad siempre increada!
Tienes el ojo tierno de preñada;
y ante el sabroso origen del suspiro
donde la leche mana miera, miro
tu cintura, de no parir, delgada.
Trillo es tu pie de la serpiente lista,
tu parva el mundo, el ángel tu siguiente,
Gloria del Credo y del cristal orgullo.
Privilegió Judea con tu vista
Dios, y eligió la brisa y el ambiente
en que debía abrirse tu capullo.

"La morada amarilla" —canto a la tierra castellana— y Mar y Dios son otros poemas muestras de la fe y de la religiosidad, si no mística, sí rotunda y

cierta de Miguel Hernández, más que impuesta por el movimiento neocatólico oriolano de El Gallo Crisis, sentida y vivida, expresada por propia convicción.

EL TEATRO HERNANDIANO: TRADICIONAL, RELIGIOSO Y REALISTA

El primer auto sacramental de Miguel Hernández, publicado en la revista "Cruz y Raya", números correspondientes a julio, agosto y septiembre de 1934, titulado "Quiente ha visto y quiente ve y sombra de lo que eras", está en la línea tradicional del clásico y católico teatro español, en un esfuerzo de restauración literaria propio de la época, con el añadido de un matiz real infundido en los personajes. "Desarrolla las vicisitudes del hombre desde el natural estado de gracia —Estado de las Inocencias— hasta sucumbir en el incendio provocado por el Deseo y los Sentidos", lo define Del Hoyo en el prólogo del volumen "Obra Escogida" de la Editorial Aguilar. Intuimos por nuestra parte que su argumento está tomado por Miguel Hernández de su propio poema "Primera lamentación de la carne", del que hemos transcrito algunos versos, aparte, naturalmente, de la reconocida influencia calderoniana y gongorina, que todos los estudiosos de su obra han sabido encontrar y justificar. En este teatro religioso del poeta de Orihuela continúa patente su primera, y quizá única, idea de lo divino, forjada por su vivencia en el campo abierto, bajo el sol, las estrellas, la luna, la lluvia, las nubes, en soledad con animales y plantas. Como asegura Cano Ballesta: "Al encarnarse las ideas y sentimientos religiosos en objetos de la vida campestre oriolana se humaniza considerablemente la metáfora, adquiriendo un acento estremecedor". En verdad es sumamente estremecodr leer: "...y Dios me da mucho miedo...". Y oír la voz de Dios —el Pastor— decir: "...yéndose, amargo, sin el Hombre":

A la montaña me voy.
Por si acaso te rendiera
al cansancio, arriba estoy:
ayer, mañana y hoy,
arriba estoy y a tu vera.

E igualmente la convicción de lo que cuesta comprender lo inabarcable también emociona:

¡Ay, *D*ios! ¡Qué difícil es
llegar hasta tus estados!

No debemos olvidar que Miguel Hernández se autodifinió: "yo empuño el alma cuando canto". Luego su religiosidad fue verdadera, su fe cierta.

DISTANCIAMIENTOS DE LO RELIGIOSO: CAUSAS CIRCUNSTANCIALES

Sus amigos de Orihuela leyeron con pesar los versos hernandianos publicados en la nerudiana revista "Caballo verde para la poesía":

Prefiero que me coman los lobos y los perros,
que mis huesos actúen como estacas
para atar cerdos o picar espartos.

Y aquellos otros del poema "Sonreídme":

Me libré de los templos, sonreídme,
donde me consumía con tristeza de lámpara
encerrado en el poco aire de los sagrarios.

Y uno de ellos, el más amigo, Ramón Sijé, le escribe, condolido: "Quien sufre mucho eres tú, Miguel. Algún día echaré a alguien la culpa de tus sufrimientos humano-poéticos actuales. Transformación horrible y cruel. Me dice todo esto la lectura de tu poema "Mi sangre es un camino". Efectivamente, camino de caballos melancólicos. Mas no camino de hombre, camino de dignidad de persona humana. Nerudismo (¡qué horror, Pablo y selva, ritual narcisista e infrahumano de entrepiernas, de vello de partes prohibidas y de prohibidos caballos!), alexandrismo, albertismo. Una sola imagen verdadera: la prolongación eterna de los padres. Los demás, lo menos tuyo". Patética carta —¿la última que le escribiera Sijé?— que recoge Concha Zardoya en su "Vida y obra de Miguel Hernández", publicada en 1955 por la Columbia University de Nueva York. Y en una carta del poeta a Juan Guerrero, sin fechar, más indiscutiblemente de 1934, puede leerse: "Ha pasado algún tiempo desde la publicación de esta obra y ni pienso ni siento muchas cosas de las que digo allí (en el auto sacramental), ni tengo nada que ver con la política católica y dañina de Cruz y Raya, ni mucho menos con la exacerbada y triste revista de nuestro amigo Sijé..., estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrenas hasta más no poder; estaba traicionándome y suicidándome tristemente".

Se impone un gran interrogante: ¿Cómo pudo ocurrir, repentinamente, un cambio tan radical, para ser auténtico, en los sentimientos y en la sensibilidad del poeta? La pregunta no tiene fácil respuesta, pero sí resulta significativo que a lo largo de toda la obra de Miguel Hernández no hallemos ninguna negativa de la fe que pueda ser tomada como corroboración de cuanto escribe a Guerrero, lo que nos hace sospechar que se debió a una postura momentánea, tomada sin meditar, o quién sabe si obligado por circunstancias políticas y profesionales, pues al final de su vida, recién acabada la guerra, antes de ser prendido en Orihuela el 29 de septiembre de 1939, le confesó a su amigo el canónigo: "Don Luis: nos habrá podido separar la política; pero la religión, no".

(Publicado en la Estafeta Literaria el día 25 de marzo de 1967).